

desaparecieron los patibulos, se adornaron con ricas telas y vistosas enramadas los edificios, olvidó las armas el pueblo, y empezaron los preparativos de la función a distraer los ánimos, a calmar las cabezas, a amansar las enconadas pasiones: así pasan las masas populares con rapidez pasmosa de un extremo á otro extremo; así los hombres todos individualmente, y más cuando están reunidos, se dejan arrebatar de las sensaciones del momento y pasan de unos deseos á otros instantáneamente, agitando y calmándose, ignorando por qué, y obediendo ciegos los más pequeños y desconocidos impulsos. Las ideas religiosas tuvieron mucha parte en la mudanza de aquel día. El celebrarse el solemne juramento en sábado, consagrado á la Virgen, y cuando tan próxima estaba la festividad de Nuestra Señora del Carmen, observación que cuando por las turbas, fué generalmente mirado como de agüero feliz para asegurar la dicha de la agitada capital y del despedazado reino.

Con gran recelo y desconfianza se disponía el Virey á atravesar la ciudad, y creyó á tal punto que iba á ser víctima aquella tarde del populacho, que hizo su testamento y se preparó á morir como cristiano, y encargó al cardenal Trivulcio, que se hallaba casualmente en Nápoles de paso para Sicilia, que faltando él tomara el gobierno del reino, hasta que fuese reemplazado por quien tuviese el Rey por conveniente (1). ¡Infundadas sospechas! Nadie había pensado, como no tardó en verlo por sí mismo, en hacerle daño, ni aun en faltarle en lo más mínimo al respeto.

A las dos de la tarde salió de palacio en su carroza de gala, seguido de otras muchas en que iban los consejeros y altos funcionarios del reino, circundado de pajes y escuderos á pié y á caballo. Le precedían cien caballos españoles con timbales y clarines; Masanielo vestido de tela de plata, y el hermano de éste, con traje también de plata sobre fondo azul celeste, iban á las portezuelas en sendos caballos hermosísimos, enjaezados con primor y riqueza; y detrás marchaban Genovino en silla de manos por su mucha edad, y Arpaya, Palumbo y otros jefes populares á caballo, y con más armas de las que á fiesta tan pacífica convenía.

Tomó la procesion por la calle de Toledo, y creía tanto en ella el gentío, que no se podía dar un paso. Por lo que Masanielo tuvo que mandar á las turbas detenerse, siendo, como siempre en todo, puntualmente obedecido. En la carrera recibió el Virey repetidas demostraciones de profundo respeto, sin oír una sola voz ni ver un solo gesto que pudiera darle cuidado; y halló en todas las esquinas retratos de Felipe IV y de otros reyes de España, sus antecesores, colocados en doseles y acatados con toda reverencia. Por todas partes resonaba: *Viva el rey de España, viva el duque de Arcos*; y él sacando la cabeza por las ventanillas de la carroza respondía: *Viva el fidelísimo pueblo napolitano*. Entre tan gratas aclamaciones y arrullada por aquel agradable murmullo de las pacíficas y tranquilas turbas, que asisten con júbilo á una fiesta popular, llegó la lujosa comitiva á la iglesia mayor, Masanielo y su hermano echaron presurosos pié á tierra y dieron el brazo al Virey para salir de la carroza. El capellan mayor del reino, don Juan de Salamanca, le dió agua bendita, y dudando si también debía dársela al jefe popular, una mirada expresiva del Duque lo determinó á hacerlo (2). En medio de la nave principal del templo, el Cardenal arzobispo con pontificales vestiduras, á la cabeza del cabildo y de la clerecía, recibió respetuosamente al Virey; y ocupando uno y otro sus respectivos doseles, Masanielo un sillón á la derecha del Prelado, y los altos funcionarios sus puestos, y estando llena la iglesia de añiñado y silencioso gentío, el consejero Donato Coppola, duque de Cansano, secretario general del reino, puesto en pié en el presbiterio, leyó en alta é inteligible voz los capítulos acordados. Fueron oídos con profunda atención y vivo interés, interrumpiendo algunas veces la lectura y el silencio general, entusiasmados aplausos de la unánime multitud; también con disgusto universal fué á menudo interrumpida con explicaciones, adiciones y observaciones inoportunas, que en agrio y agudo grito hacía el desatentado pescadero (3), ya con el tono ridículo de catedrático, ya con el aire solemne de supremo dictador.

Terminada la lectura, se acercó reverentemente al Virey el electo del pueblo, seguido de los otros municipales, y en una discreta arenga le dió las gracias en nombre de la ciudad por la capitulación acordada, rogando la santificase con el público juramento. Y entonces el duque de Arcos, puesto en pié y con la mano diestra sobre los santos Evangelios, juró que fueron presentados por el Arzobispo, juró la observancia de los capítulos convenidos, y solicitar con todo empeño la real aprobación. — Si juró en falso, y con el ánimo decidido á emplear

también el perjurio, como uno de tantos infelices medios de gobierno como se le ocurrieron en Nápoles, no podemos asegurarlos; pero su posterior comportamiento, indigno de su esclarecido nombre, nos induce á creer que este solemne y religioso acto fué un nuevo rasgo de debilidad y de mala fe, que añadió á tantos otros que tenían ya amenguada su reputación y manchada su memoria. — Después del Virey prestaron igual juramento, por su orden jerárquico, los consejos, autoridades y empleados, y se entonó con toda pompa un pausado *Te Deum*.

Mientras lo cantaban el coro y la clerecía, acompañados de órgano y de una música estrepitosa, Masanielo en pié y con la espada desnuda, ufanísimo con la gloria de su triunfo, que era entonces completo, y desvanecido con el aplauso popular, y con el respeto y sumisión que le tributaban las autoridades supremas, y exaltado con el aparatoso espectáculo, perdió sin duda la cabeza; pues llamó imperiosamente á uno de los gentiles hombres del Arzobispo, y lo envió varias veces al Virey, con los más ridículos é impertinentes mensajes; ya notificándole que quería seguir mandando como capitán general, y que exigía como tal tener guardia á su puerta y expedir patentes de oficiales de guerra; ya que echara de los castillos á todos los nobles y ricos en ellos refugiados, con otras exigencias no ménos descabelladas y de malísimo agüero. El duque de Arcos respondió á todo que sí, por no turbar aquel acto religioso, disimulando su enojo y la desconfianza que le inspiraban tan necias como audaces embajadas; y aunque el mensajero avergonzado se excusó con él de aquellos pasos, le mandó continuarlos y no rehusarlos para evitar algún incidente desagradable; pues era aquella ocasión de contemperizar, y no de encender imprudentemente alguna chispa que produjera un incendio (4).

Mientras duró el *Te Deum*, duraron este ir y venir, y los impertinentes recados; y concluido, cuando todos se disponían á salir de la iglesia, levantó la voz Masanielo, y en un largo y extravagantisimo discurso, empedrado de sandeces y de ideas luminosas, de frases chabacanas y de períodos elocuentes, de humildad serafica y de satánica elocuencia, habló del pueblo, de la nobleza, del Rey, de sus propios servicios al trono, de la lealtad napolitana, de las gabelas, de los arrendadores de los impuestos, de los bandidos, del duque de Maddalona; en fin, de todas las ocurrencias pasadas; y concluyó como siempre asegurando que quería volver á su humilde condicion y al ejercicio de pescadero, para manifestar al mundo, que no su propio interés, sino el del Rey y el de la patria le habían inspirado la empresa tan felizmente coronada. Diciendo así, como si estuviera poseído de un acceso de locura, empezó á desgarrarse el lujoso vestido, corriendo del Cardenal al Virey, para que le ayudara á destrozarlo, con tales visajes y contorsiones que pasmaron á los circunstantes y conmovieron á la muchedumbre. El Arzobispo y el Duque atónitos le contuvieron y calmaron con caricias y buenas razones, recordándole que estaba en la casa de Dios, y que sólo su buen deseo podía disculpar la inconveniencia de sus acciones (5). Sosegóse al fin cayendo en repentino abatimiento, y salió el Virey acompañado hasta la puerta por el Prelado y clerecía, y subiendo en su carroza y volviendo á montar á caballo Masanielo y los suyos, ordenada la comitiva como había venido, se dirigió la procesion por la Vicaría y la Nunciatura á la plaza del Mercado, entre los aplausos y vivas de la alborozada multitud. Al pasar por delante del miserable casuco de Masanielo se presentó su mujer en una ventana, ataviada con los regalos de la Vireina; y el duque de Arcos la saludó, descubriéndose y levantándose, con el mismo respeto que á la más excelsa princesa pudiera haber tributado (6). Y se retiró finalmente á palacio, saludado por la salva real de los tres castillos, y por el repique general de las campanas, cuando el sol escondía sus últimos rayos tras las verdes cumbres de Posilipo.

CAPITULO XVII

La solemne escena del juramento celebrado la tarde anterior había cambiado totalmente la fisonomía de la ciudad, creyendo todos sus habitantes satisfecha de un modo ó de otro la sublevación, y puesta la firme basa de una estable tranquilidad. Las turbas mismas, tan feroces é indomables la mañana del sábado, se mostraban en la del domingo, 14 de julio, pacíficas y conciliadoras. Sólo una pequeñísima parte turbulenta é inflexible bramaba aún por calles y plazas, y rodeaba y separaba de toda idea de concordia al desatentado pescadero.

Diversas eran, es cierto, las opiniones, y por consecuencia las ideas que circulaban en los corrillos; pero todas generalmente y con corta excepción propendían á la paz y al restablecimiento de las autoridades legítimas, comprometidas con juramento á rehabilitar y sostener las franquicias po-

- (4) Giraffi.
- (5) Giraffi.
- (6) De Santis.

pulares. Unos, los de mejor fe, creían terminadas las miserias públicas, purgado el país de facinerosos, é igualados para siempre los derechos del pueblo y de la nobleza en los *sedices*; y miraban á Masanielo con la veneración debida á un sér inspirado del cielo, pero cuya mision estaba ya cumplida; con el entusiasmo y profundo respeto debidos á un héroe, á un generoso libertador, pero cuyos esfuerzos no eran ya necesarios. Otros, que también creían asegurados los antiguos privilegios de la ciudad y arreglado ya todo con la capitulación, de manera que eran imposibles nuevas arbitrariedades en la administración pública, aunque confesaban el mérito extraordinario del hombre singular á quien se debían bienes tan positivos, deseaban que se restableciese pronto la autoridad real; por que tenían haberse creado un tirano difícil de derrocar, y una tiranía mucho más dura y terrible que la que con tanto teson habían combatido. Algunos deseaban el restablecimiento total y absoluto del Virey, esperando reacciones violentas y castigos ejemplares, que reparasen los daños individuales y borrasen hasta las huellas de tantos desórdenes y desconciertos. Y muchos, desconfiados, querían soltar las armas, y aun reproducían la pretension de apoderarse del castillo de Santelmo; pero repugnando la autoridad del duque de Arcos, á quien aborrecían, deseaban cualquier cosa que no fuese la dominación de Masanielo; pues lo miraban de mal ojo después de la mucha sangre que inútil y bárbaramente había derramado, de la altanería y codicia que iba descubriendo, y de la falta total de concierto que manifestaba en sus actos y en sus palabras, comprometiendo la situación. Sólo los ciegos partidarios del pescadero, los jefes de los barrios, los hombres sin porvenir, revoltosos é inquietos, y los que aun tenían venganzas que satisfacer, riquezas que codiciar, y necesidad de movimiento y de agitación, aunque en escaso número, dominaban como acontece siempre á todos los demás; porque eran más osados, estaban más unidos, y trabajaban con más ardor, manteniendo á pesar de la mayoría de la poblacion, vivo en medio de ella el fuego del motin, pronto á inflammar de nuevo toda la ciudad.

Otro Virey menos desacreditado que el duque de Arcos lo estaba ya con los napolitanos, de fe menos dudosa, de resolución más firme, y de más arrojo para emplear los medios nobles y dignos, que siempre dan buen resultado cuando se usan con energía, razon y oportunidad, hubiera podido sacar un ventajosisimo partido del estado general de los ánimos aquel día, y haber evitado los nuevos trastornos y desastres que sobrevinieron. Pero tímido, desconfiado de sí mismo, con los oídos cerrados á los consejos saludables de hombres de gobierno y de sagacidad, esperándole todo del tiempo y de manejos oscuros y miserables, nada hizo, desperdició el momento oportuno, y vió imposible desairarse nuevamente su persona, y escardecido el poder soberano que representaba.

Masanielo, como si no estuviera ya cumplido el objeto de la sublevación que capitaneaba, como si el juramento de las capitulaciones nada hubiera significado, y sin recordar las tan repetidas ofertas de volver á su humilde estado y ejercicio, y de renunciar las pompas del mundo cuando lograse abolir las gabelas, siguió impertinente en su despojado y absoluto dominio; dando nuevos decretos de policía, fulminando nuevos bandos de proscripción, y haciendo sus inexorables y sangrientas ejecuciones. — Mandó pues que nadie soltara las armas, so pena de la vida, y so pena de la vida también que todos los que supieran dónde había bandidos refugiados, ó riquezas escondidas, se lo revelasen inmediatamente. Incendió la casa, con cuantos estaban dentro, de una panadera acusada de haber expendido aquella mañana el pan falso de algunas onzas de peso. Avisado de que cuatro miserables, que le dijeron, con verdad ó sin ella, ser bandidos, estaban retraídos en la iglesia del Carmineo de padres jesuitas, mandó matarlos sin demora, y se ejecutó del modo más atroz. Envio allí un pelotón de gentuza, que cercó el edificio, derribó una pared, entró sediento de sangre, é hizo pedazos cruelmente á los refugiados; y como los frailes reclamaban la inmunidad eclesiástica, y los efectos del convenio jurado la tarde anterior, y protestasen contra el escándalo inútil de aquella sangre derramada, fueron atropellados sin consideracion, muriendo uno de ellos á manos de aquella furibunda canalla.

Se encaminaron despues aquellos sicarios, de orden de Masanielo, que parecia haber perdido todo aplomo, y obrar bajo una influencia satánica, á profanar otros monasterios y otras iglesias, en busca de partidarios escondidos del duque de Maddalona y de ocultos tesoros. En esta pesquisa, que daba ancho campo á todo género de delitos, fué embestido, por mandato expreso del pescadero, el convento de monjas de Santa Cruz, donde se sospechó que existían varios objetos preciosos de César Lubrano. Entraron en él aquellos hombres feroces, atropellando la clausura de un modo tan

descompuesto, que pusieron á las infelices religiosas en gran conflicto; pero por fortuna de ellas llegó oportunamente el aviso de aquella sacrilega tropelia al cardenal Filomarino, que ardiendo en justísimo enojo, voló á socorrerlas con verdadero celo pastoral, enviando un eclesiástico de respeto á manifestar con entereza al caudillo popular lo atroz y sacrilego de su conducta. Este volvió en sí, se atemorizó y dispuso que se retirase al instante aquella gente, enviando á decir al Prelado, que aquel asalto se había hecho sin orden suya, y que castigaria á los que lo habían dirigido. Y lo hizo así, pues mandó cortar la cabeza á tres de sus más ardientes partidarios, que no habían hecho más que obedecerlo.

Habia dado orden terminante Masanielo de que nadie saliera aquel día de la ciudad sin permiso suyo, bajo pena de la vida; y debiendo monseñor Caffarelli, arzobispo de San Severino, marchar á su diócesis, vino en hábito corto, obedeciendo los bandos anteriores contra las ropas talares, á pedir el pase, á casa del pescadero. Éste se lo dió al momento, mandando para honrarlo, que lo acompañasen cuatrocientos hombres de su guardia. Y como dándole gracias monseñor, le manifestase que iba por mar, quiso que le escoltasen cuarenta falsas; y como también lo rehusase el viajero, diciéndole que tenía ya fletadas tres, que eran suficientes para su bagaje y comitiva, le presentó un talego con cuatro mil doblas de oro, exigiendo que las tomara para gastos de viaje. Rechazó cortésmente tan extraña oferta monseñor Caffarelli; pero viendo que empezaba á descomponerse y á izquierdear el generoso dictador, tomó para contentarlo y contenerlo quinientas, y aguantó por despedida un estrecho é insultante abrazo de aquel frenético (1).

Presentóse en su tribunal aquella mañana un ilustre caballero de Aversa, de la nobilísima familia de Tuffo, para cierta urgente reclamacion; y despues de oírlo atentamente el jefe popular, y de despacharlo contento, le dió un puntapeo por despedida, diciéndole: *Andá con Dios, le hago príncipe de Aversa* (2).

Determinó Masanielo aquel día exigir una pesada contribucion á los jesuitas, cartujos y benedictinos para atender á las urgencias públicas. También hizo comparecer personalmente en su presencia á los pudentes de la ciudad y á los negociantes, que creyendo terminada la sublevación con el juramento de los capítulos acordados, habían dejado incautamente el asilo de las fortalezas para volver á sus negocios. A cada uno que se le presentaba, le preguntaba bruscamente si era fiel al Rey. Y oyendo que era regular, la respuesta afirmativa, lo forzaba á firmar un papel, con la obligacion de aprontar en cortísimo plazo la gruesa suma que á él se le antojaba; sin que súlicas ni reflexiones pudieran hacérsela disminuir; y al que osaba aún resistirse le señalaba con el dedo el patibulo y le hacía ver al verdugo, con cuyas insinuaciones todos firmaban temblando. ¡Así, como siempre acontece, exigía y cobraba las contribuciones arbitrarias, impuestas por su capricho, el que levantó el pueblo para aliviarlo de las gabelas y para darle libertad!

CAPITULO XVIII

La mañana de aquel lúgubre domingo, tan llena de sangre y de desafueros como los dos horrosos días precedentes, volvió á consternar la ciudad; y aunque la generalidad de sus habitantes desaprobaba ya semejantes medidas, aterrada por el furor de los satélites de Masanielo, y desconfiada de que la autoridad legitima volviese á restablecerse en el poder, se agitó de nuevo á su pesar. Empezando así por miedo ó por desesperacion á conmoverse, generalizose pronto la sublevación, aunque sin entusiasmo y sin confianza en el caudillo, y harta de crueldades y de excesos.

Masanielo redoblaba su actividad y sus medidas de terror, pero obrando sin plan ni concierto y contradiciéndose á cada momento en sus palabras y en sus acciones. Al mismo tiempo que mandó publicar bando con pena de la vida para el que soltase las armas ó faltase de su puesto, envió un mensajero á palacio, diciendo que se quería retirar del mando, é irse á Posilipo ó donde se le ordenara; y que seria conveniente que el Virey desarmase ántes los retenes y guardias populares de la ciudad (3). Este dió inmediatamente las órdenes oportunas, y muchos fueron desarmados y licenciados, no sólo sin oposicion, sino con gusto de todos. Pero al llegar á verificarlo en otros puntos, apareció Masanielo furibundo con sus satélites, se opuso á la orden del Virey baldonando su persona y escarneciendo su autoridad, y proclamándose *solo dueño y absoluto señor* de Nápoles.

Obraba aquel día con tanto desconcierto hasta en lo interior de su casa, y entre sus más íntimos amigos y decididos parciales, amenazando é insultando

- (1) Giraffi.
- (2) Giraffi.
- (3) Raph. de Turris.

Tomó II

tando á todos, que á media mañana fué á refugiarse en palacio, huyendo de sus fueros, su cuñado Pizzicarolo, que hasta entonces había gozado de su más íntima confianza; y dijo públicamente que Masanielo, que estaba demente, lo había querido matar, porque él le había dicho que si no concluía con los incendios y asesinatos iba á tener mal fin. También Genovino y Arpaya tuvieron que esconders; para evitar indignos tratamientos, y otros revoltosos de los más granados se refugiaron en los castillos.

Poco ántes de mediodía montó Masanielo á caballo, y solo y con la espada desnuda en la mano, recorrió á escape la ciudad, atropellando y derribando á cuantos se le ponian delante, y repartiéndole mandobles y cuchilladas sin tino ni concierto, con que hirió á muchos de sus más ardientes partidarios. Se detenía en los puestos militares del pueblo y en los sitios en que había levantado algun patibulo; y allí hacia cortar la cabeza al primero que se le antojaba, calificándole de partidario del duque de Maddalona. Ya eran muchas las victimas de este extraño modo de enjuiciar, cuando condenó á tres paisanos, cuyos parientes fueron á echarse á los piés del Arzobispo para pedirle que salvara la vida de aquellos inocentes. El Prelado (á quien fuerza es hacer la justicia de consignar en la historia, que no perdonó fatiga, ni rehusó incomodidad ó peligro con que salvar la vida de un hombre mientras duraron aquellas desventuras), corrió al encuentro de Masanielo, le afeó con entereza su inexplicable conducta, y manifestóle resuelto que hacia muy mal en faltar á la santidad del domingo con aquellas ejecuciones. El pescadero, no tan dócil como solia, quiso llevar á cabo la sentencia dada contra aquellos miserables; pero el Arzobispo con digno teson y con laudable severidad consiguió al cabo que lo difiriera para el siguiente día. Ocurriose entonces á Masanielo, que pues nada podia hacerse de bueno en domingo, era mejor ir á solazarse al campo; y dispuso de pronto comer en Poggio-Reale, sitio ameno en las cercanías de la ciudad. Dió las órdenes necesarias para esta improvisada comida, y se empeñó en que el Cardenal arzobispo fuese á ella, yendo en su compañía á disfrutarla. Rehusó éste, como era de esperar, lo que desconcertando mucho al atrevido pescadero, le hizo desistir de la idea de ir al campo y disponer celebrar el banquete en Santa Lucia del Mar, en casa de un tal Onofre Caffiero, ardiente partidario suyo, y hombre de bajísima condicion (4). Allí, dicen algunos autores, que encontró un banquete espléndido preparado de antemano por el Virey; lo que no nos parece verosímil, pues la idea de holgarse aquel día se le ocurrió á Masanielo poco ántes, y aun entonces quiso verificarlo en el campo, siendo sólo la repulsa de Filomarino á su convite lo que le decidió á ir á casa de su amigo; y ni el Virey pudo tener tiempo de prevenir y enviar el repuesto, ni pudo estar jamás de acuerdo con el dueño de la casa. Otros dicen que el banquete se celebró en palacio, cosa imposible por las mismas razones expuestas, y por la escena que vamos á referir, y en que están de acuerdo cuantos han escrito la relacion de estos sucesos.

Sentóse en casa de Caffiero á la mesa con algunos de sus tenientes y allegados Masanielo, y no se mostró nada temperante, comiendo y bebiendo con exceso extraordinario. A media comida se le ocurrió ir á concluir la fiesta, y á apurar algunos frascos de vino de Capri y de lacrimacristi á las esmaltadas rocas y deliciosos bosquecillos de Posilipo; y deseando que á esta merienda campestre lo acompañara el duque de Arcos, para desquitarse de que no hubiera querido hacerlo el Arzobispo á la comida proyectada en Poggio-Reale, sin más pensarlo se encaminó á palacio. Llegó á él con una calza puesta y otra quitada, sin cuello, sombrero ni espada, y encendido y anhelante. El jefe de la guardia se dispuso en cuanto lo columbró á hacerle honores, pero él se opuso, mandando á gritos á los soldados que estuviesen quietos. Entró apresurado, subió la escalera principal en dos saltos, y sin más etiqueta ni previo aviso se presentó delante del Virey. No se sorprendió éste poco con la tal visita, y más con el cordial convite que le hizo el pescadero. Segun el sistema de complacencias y contemperaciones que se había propuesto el duque de Arcos, nos parece que tendria algunos momentos de perplejidad, y que más por orgullo de cuna que por orgullo de empleo, conoció que debía rechazar semejante invitacion. Hizolo en efecto pretextando una fuerte y repentina jaqueca, pero endulzando la repulsa con la oferta de su magnífica falda dorada para verificar el paseo, que fué con gusto aceptada por el borracho ó demente pescadero (5).

Bajó este á la marina, si disgustado de no llevar consigo al Virey, contentísimo de pasarse en su sala; y entró en ella con su hermano, con su secretario Marcos Vitale, y con otros de los suyos, llevando la provision necesaria para la merienda, compuesta especialmente de mariscos, que llaman *fruta di mare*, á que son afionadísimos los napolitanos, y de razonable cantidad de botellas, que no tardaron mucho en ser agotadas. Segunle otras barcas con partidarios suyos armados, y otras con diferentes músicas, dirigiéndose todos hacia Posilipo, tierra á tierra y con lenta y sosegada boga. Numeroso concurso acudió á la playa á ver aquel paseo de mar, siguiéndolo por la orilla. Y aunque resonaban algunos vivas, la mayor parte de aquella gente era de curiosos, que deseaban ver el fin de aquellas extravagancias. Iba Masanielo divirtiéndose en tirar puñados de monedas de oro al mar, para que las sacaran del fondo los buzos y nadadores, dando muchos aplausos á los que lo conseguian, y cargando de baldones, insultos y groseras amenazas á los que no eran tan diestros ó afortunados. Y habiendo armado disputa sobre aquellos lances con alguno de los que le acompañaban, le dió de golpes y le dijo á gritos las más descompuestas palabras.

Al llegar al frente del santuario de la Virgen de Piedigrota, veneradísima desde tiempo inmemorial por los napolitanos, y particularmente por la gente de mar, recordó que alguien le había dicho que en aquella ermita estaban escondidos varios efectos preciosos de los palacios saqueados; y mandando acercar la falda á tierra, ordenó á los partidarios suyos que por ella le seguisen, entrar en la iglesia, registrarla, sacar las riquezas que encontrarán y llevarlas al depósito general de los almacenes del Mercado. No fué necesario más; mientras él continuó su paseo, aquel santo lugar fué profanado por unos pocos, sin que nadie osara impedirlo, aunque disgustó y escandalizó á todo el pueblo, cansado ya de sus propios desórdenes (6).

En tanto que Masanielo estaba en Posilipo envió la Vireina, duquesa de Arcos, sus carrozas y su séquito á traer á palacio á la zafia mujer del pescadero, la que vestida riquísimamente, y segun dice Giraffi, no en la carroza de la Vireina, sino en una del duque de Maddalona, á quien había servido para su boda, y que valia ocho mil escudos, con su suegra y su cuñada, y con un niño de pecho, sobrino suyo, en los brazos, y con acompañamiento de unas cuantas vecinas, todas con magníficos trajes, que formaban ridiculo contraste con sus fachas toscas y con sus modales groseros (7), marchó muy oronda á palacio. Recibióla la guardia con los honores de capitán general, y á la puerta los gentiles-hombres, pajes y alabarderos, y rodeada de ellos, y en la silla de manos de la Vireina subió la escalera, entrando con su séquito estrafalario por los salones principales hasta el gabinete de la Duquesa. Recibióla esta, presentándole varias joyas de valor, y repartiendo otras á las mujeres que la acompañaban, y le dió sitio en el estrado á su derecha. La conversacion fué cual podia ser entre una Vireina humillada y una placera enaltecida. Empezó por decirle aquella: *Sea V. Ima. muy bien venida; y por contestar esta: Y V. Ezcma. muy bien hallada. V. E. es la Vireina de las señoras, y yo la Vireina de las plebeyas* (8).

El Visitador general del reino, don Juan Ponce de Leon, sobrino del Duque de Arcos, y una de las personas más odiadas de los napolitanos, llevó á tal exceso el lujo de su bajeza, que (vergüenza nos da el referirlo) tomando de los brazos de la pescadera el sobrinillo de pecho, lo besó con la mayor ternura, lo colmó de caricias y mostró á todos como un portento: esperando con esta infame adulacion ganarse el favor de aquellas gentes.

La duquesa de Arcos, que era discreta, giró la conversacion con sagacidad para poder insinuar á la Masanielo lo conveniente que seria aconsejase á su marido que aceptara las altas mercedes que estaba dispuesto á acordarle el Virey, y que se retirara del mando, para que se restableciese la tranquilidad; á lo que la Vireina de las plebeyas contestó con desembarazo: *Todo ménos eso; pues si mi marido deja el mando no serán respetadas ni su persona ni la mia. Lo que conviene es que estén unidos y acordes el señor Virey y Masanielo, este gobernando al pueblo y aquel á sus españoles* (9). Quedó cortada la Duquesa con tan terminante respuesta, y dió fin á la visita prodigando besos y abrazos á aquellas mujeres, que se retiraron pavoneándose y con el mismo aparato y ceremonias con que habían venido. Al bajar la escalera la madre de Masanielo dijo en voz baja al caballero Fonseca, que le daba el brazo: *Advertid al señor virey de que mi hijo no obedece más que á Dios y á S. E., y que convendrá que lo refrene un poco, para que no haga tantas locuras* (10).

Mientras esto pasaba en palacio, los hombres más granados de la sublevación, tenderos, menestrales, propietarios, etc., que creían ya cumplido su objeto, aun mucho más completamente de lo que se podía imaginar, empezaron á entenderse entre sí, dis-

(6) De Santis.
(7) Raph. de Turris.
(8) De Santis.
(9) De Santis.
(10) Giraffi.

